

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

ORIHUELA

EL VINO

Si cuando el buen viejo Noé tuvo la feliz ocurrencia de plantar la viña y exprimir las uvas para hacer vino, hubiera sabido las consecuencias que iba á traer su invencion, sin duda que hubiese quemado las cepas, para que ninguno de sus muchachos oliera el negocio y le tomara aficion. Pero es el caso que el pobre anciano diria para sus adentros: Cuando Dios ha criado la vid, bueno debe ser su fruto. Y tenia razon. Dios hace todas las cosas buenas, pues todas tienen un buen fin, aunque nosotros no lo conozcamos. Nosotros somos los que torciendo ese fin por ignorancia ó por malicia las convertimos en malas. Eso sucede con el vino.

El vino es un precioso licor que repara las fuerzas perdidas, da vigor al estómago débil del pobre trabajador, y constituye en muchos casos un excelente medicamento para muchísimas enfermedades.

Pero el abuelo Noé, por ignorancia, se embriagó por primera vez, y sus nietos por malicia hemos seguido tomando borracheras.

Si el pobre obrero (no hablo de los caballeritos que toman turcas por considerarlo de buen tono, pues á ellos les hablaría yo en otro lenguaje); si el pobre obrero, repito, pensara las consecuencias de la embriaguez, seguro que no bebería jamás con exceso ni fuera de las comidas.

¡Ay! mirad la casa del desgraciado que es víctima de ese vicio denigrante. ¡Qué cuadro más triste! Una mujer desgredada, pálida y flaca como la estatua del hambre, con el humor de la desesperacion pintado en el rostro: unos hijos rotos, desharrapados y discolorados; un hogar apagado y frío, donde no se enciende otro fuego que el de la discórdia; el abandono, en fin, por todas partes. ¿Quereis saber la causa?

Mirad á aquel hombre que viene medio cayendose por el extremo de la calle. Su facha os dice como viene. La cara embrutecida; los ojos sanguinolentos; la capa medio caída y llena de lodo; su aspecto es el del verdadero perdido. No hay, pues, que preguntarle de donde viene. Es sabido; ha cobrado los escasos jornales de la semana y se los trae á su mujer; sólo que en vez de traerlos en el bolsillo, los trae en el estómago.

Los vecinos socarrones salen á las puertas á echarle algunas puyas que él contesta con blasfemias escupidas, mas bien que pronunciadas por aquella boca balbuciente.

Al beodo basta á veces una sola palabra para enfurecerlo, y esa palabra no falta quien la diga.

—¿Cambiate la peseta?

—¿Qué bueno vienes?

—¿Lo tomaste del rincon?

Este recibimiento de los vecinos acaba de preparar el ánimo del borracho, que demasiado débil y embrutecido para luchar con los burlones que le asedian, busca en su desdichada familia seres más débiles que él para descargar su mal humor y su mal vino. El hogar le espera, aquel hogar frío donde unos hijos hambrientos esperaban el socorro de su padre como los tiernos pajarillos esperan en el nido el alimento suspirado, es el sitio que el borracho elige para teatro de sus proezas.

Aquel hombre desalmado, al oír de boca de su mujer la primera palabra de reproche, ¿qué digo? al ver que no encuentra dispuesta la cena sin haberla pagado, estalla como una tormenta sobre la cabeza de aquellos seres inofensivos y hace llover sobre ellos los golpes mezclados con las blasfemias.

Si la esposa tiene el carácter duro y no sabe usar de toda la paciencia que requiere el caso, entonces la escena llega á ser cruel y no falta tal vez algun terrible golpe que alcanzando hasta al inocente niño de pecho, hace partícipe al pobre angelito del martirio de su madre y sus hermanos.

Tal es con cortas diferencias la historia de casi todas las embriagueces.

Para el borracho no hay familia, no hay amor, no hay religion, no hay decoro, no hay nada más que vino.

El fruto pues, que coge el borracho tiene que ser proporcionado á la simiente que siembra. Su esposa falta de pan y sobrada de trabajos, suele morir en un hospital. Sus hijos faltos de educacion, tal vez en un presidio. Él, consumido por el vicio y por la miseria, suele dormirse en una borrachera para no despertar jamás; ó mejor dicho, para despertar donde quiere la justicia de Dios.

Obrero amigo, huye del vino.

DIÁLOGOS DE VECINDAD.

—No se canse V. tío Pedro, estoy convencido de que todo eso que se dice del infierno, son paparruchas.

—Quien no ha de cansarse es V. tío Blas, porque estoy convencido, de que todo lo que ha hablado V. desde que nació hasta ahora, son barbaridades.

—V. me ofende, tío Pedro.

—Y ¿qué tenemos con eso tío Blas?

—Que tendré que darle á V. de bofetones, porque todo el que ofende á otro merece ser castigado.

—Está V. en un error.

—¿Cómo en un error? ¿con que yo no he de tener derecho á castigar al que me ofende?

—No señor; no tiene V. tal derecho, segun V. mismo acaba de decir.

—Hombre, quisiera saber cuando he dicho yo semejante cosa.

—Cuando me ha querido asegurar que lo del infierno es pura invencion.

—Y ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Mucho tiene que ver, pues si suponemos, como usted quiere, que no hay infierno, es decir, que la justicia misma que es Dios, no castiga á los hombres, será porque no tendrá derecho á castigarlos y claro es que si Dios no tiene derecho á castigar á los hombres, menos derecho tendrán estos de castigarse unos á otros.

—Le diré á V. tío Pedro....

—No tiene V. que decirme nada, tío Blas. Si el que le hizo á V. esas manazas, que por cierto son muy feas, no tiene derecho á castigarlas, cuando cometen una injusticia, menos derecho tendrán ellas de castigarme á mí dándome de bofetones por la ofensa que yo le acabo de hacer á V. Esto es más claro que el agua.

—Si señor: será muy claro, tío Pedro; pero á mí nadie me convence de que el hombre ofendido no tenga derecho á la reparacion.

—Ni á mí tampoco me convence nadie, de que cuando se ofende á Dios, origen y fuente de justicia, pueda quedar la cosa tablas. No faltaba más si no que Dios consintiera que cuatro tunantes ó cuatro poderosos, abusasen de su poder y de su influencia para oprimir al débil, robar al pobre, corromper á la inocencia y hacer otras fechorías por el estilo, riendose de todas las leyes divinas y humanas y que luego se echase tierra al negocio, como suele hacerse en este mundo, y todos quedásemos iguales.

—Veo tío Pedro, que V. ha estudiado poco, pues si hubiese leído los libros que yo, sabria que la naturaleza de las cosas ha colocado fatalmente el castigo de cada transgresion, en la transgresion misma.

—Todo eso son músicas, tío Blas; no necesitaba V. tanto requilorio para recordarme que hay un refran

que dice, *que en el pecado vá la penitencia*. Pero ¿qué es lo que quiere V. probar con esto? ¿que los males que se hacen en este mundo, ya quedan suficientemente castigados? Pues se equivoca V. y los libros donde haya leído semejante error, porque el libro de la experiencia que jamás engaña y que es en el que vengo leyendo hace sesenta años, dice en cada una de sus páginas todo lo contrario. Cansado está uno de ver vivir en magníficos palacios á galopines que debieran estar en presidio; cansado está uno de ver felices y alegres á gentes que han pasado su vida haciendo llorar á los demás; cansado está uno de ver disfrutar tranquilamente su fortuna, á hombres que la han amasado con el sudor y las lágrimas de cien infelices á quienes ellos hundieron en la miseria. En una palabra: cansado está uno de ver en la tierra derramar lágrimas á la virtud y reír al vicio. Y ¿qué? ¿Le parece á V. que la cosa puede quedar así? Pues se equivoca de medio á medio. No negaré que Dios castiga muchas veces en este mundo á los que desobedecen sus leyes, haciéndoles naturalmente recoger el fruto de sus maldades, pero esto no compensa ni con mucho las injusticias cometidas. Suprimase aquel otro brazo de la balanza, es decir, suprima V. el castigo de por allá y verá V. que contentos se ponen todos los pillos del universo y que tristes se ponen todos los hombres de bien. Claro; no se habian de poner tristes, como que dirian, «nos hemos equivocado: hemos sido unos tontos con reprimir nuestras pasiones y pasar la vida luchando contra nosotros mismos. «De ahora en adelante debemos variar. «Puesto que no hay más premios ni más castigos que los de por acá, pasemos la vida lo mejor posible, aunque para ello tengamos que sacrificar al lucero de la mañana. No hay más que conservar la salud, huir el bulto á la guardia civil y ancha es Castilla. ¿Le parece á V. tío Blas que con estos cálculos se necesitaría mucho tiempo para ver convertida la sociedad en un rebaño de fieras y el mundo en una cueva de ladrones?

—En eso tiene V. razon, tío Pedro.

—Pues si tengo razon, con este argumento me basta y me sobra para convencerme de que en la cuestion del infierno, la verdadera paparrucha está en suponer que no le hay, como suponen los que quisieran que no le hubiera. Crean los muy majaderos que con negarlo dejará de existir.

—Es decir, que quedamos en que hay infierno.

—Si señor, quedamos en que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y que por tanto el que no las paga aqui, no tiene mas remedio que pagarlas allá, á menos que la justicia eterna, que es Dios mismo, deje de ser quien es, para dar gusto á cuatro tunos que no quisieran hubiese un freno capaz de reprimir sus tunantadas.

LA CRUZ.

Lleno de penas
y luto el alma,
falto de calma
su corazón,
ah, cuántos hombres,
árbol sagrado,
en ti han hallado
su salvación!

Del Gólgota en las cumbres, el Dios Omnipotente
por redimir tan sólo la esclava humanidad,
en ti espiró, y la tierra desde el ocaso á Oriente
cubrióse avergonzada de negra oscuridad.
Nublóse el firmamento, temblaron las estrellas,
del astro réfulgente la luz desapareció,
secaronse las fuentes, y flores antes bellas
marchitas de sus tallos el huracán rompió.

Sus mismos hijos
le despreciaron
y le enclavaron
en una cruz.
Árbol bendito
que el pecho inflama
y en él derrama
divina luz.

Bella fuente de dó brotan
cual purísimos raudales
las virtudes celestiales:
Fé, Esperanza y Caridad.
Puerto seguro que el hombre
busca afanoso en la vida;
para mansion donde anida
la eterna felicidad.

Si el hombre osado, el resplandor divino
que derramas, oh Cruz, ciego no vé,
en espantosa oscuridad sin tino
un abismo de horrores no entrevé.

Jamás halla en el mundo la apetecida calma;
jamás late en su pecho dichoso el corazón;
labrando eternamente la esclavitud del alma
que fuera de tí, nunca, jamás hay salvación.

R. GEA.

LA SANGRE DE SAN GENARO.

Hoy que el barómetro de la Fé va marcando por desgracia cero en muchos corazones, no ha de ser inoportuno dar cuenta á nuestros lectores de un hecho portentoso, que precisamente en estos días habrá tenido lugar en Nápoles. Nos referimos á la milagrosa liquefaccion de la sangre de S. Genaro.

Todos los años durante los primeros dias de Mayo se celebra en aquella ciudad el aniversario de la traslacion del cuerpo de este Santo. La fiesta dura 17 dias y en cada uno de ellos se espone á la veneracion pública la sangre del invicto mártir que corrió generosa en defensa de la fé.

Consérvase la preciosa reliquia en una antiquísima botella de vidrio herméticamente tapada y encerrada en un relicario de forma oval, cuyas dos caras están

constituidas por dos cristales convexos, que permiten ver perfectamente el contenido de la redoma. Tan inestimable joya está guardada en una de las capillas de la catedral bajo cuatro llaves, que conservan por mitad el Arzobispado y la Diputacion de Tesor.

Llegados los dias en que ha de exponerse, un delegado del Arzobispo y un Diputado de Tesor concurren y en presencia de un Sacerdote y varios testigos abren las puertas del nicho. Comenzada la ceremonia el Sacerdote toma la reliquia, y la vuelve en todas direcciones, para que pueda observarse que la sangre está coagulada y que forma una masa compacta. Inmediatamente la lleva sobre el altar empiezan las primeras oraciones y repentinamente á vista de todo el mundo la sangre se liquida desprendiéndose de las paredes de la botella y quedando tan movible como cualquier otro líquido.

Este hecho portentoso que ocurre delante de multitud de gentes de varias naciones y á vista de no pocos incrédulos, produce siempre como es natural, una vivísima emocion y arranca gritos de entusiasmo.

La ciencia ha tratado de investigar el para ella misterioso fenómeno, con objeto de buscarle una explicacion natural, pero no habiéndola hallado, se ha visto precisada á confesar su impotencia.

En 1880 un ilustre químico, profesor de la Universidad de Nápoles, individuo de la Academia de Ciencias de París y libre pensador por más señas, llevó á efecto por medio de su colega M. Pietro Punzo, un detenido estudio del hecho que nos ocupa, acabando por confesar que era un problema misterioso imposible de resolver. (1) Pero es el caso que el hecho existe, y que el fenómeno se realiza á la faz de Europa entera, no una, sino veintiseis veces cada año durante los meses de Mayo, Setiembre, y Diciembre en que respectivamente se celebran las fiestas de la traslacion de las reliquias, de la octava y del Patrocinio. Y como quiera que esto viene sucediendo constantemente desde hace quince siglos ó sea desde el año 313 en que S. Genaro sufrió el martirio, resulta que el mundo ha podido presenciar y ha presenciado este portentoso sobrenatural, cuarenta mil ochocientos veintiseis veces.

No se quejará la incredulidad de que le han faltado ocasiones para salir de su error. No se quejarán los que piden milagros, de que no los tienen abundantes, seguros y á mano, digámoslo así, para estudiarlos. Pero todo es en vano. La incredulidad está en el corazón y no en los ojos. Para la incredulidad no falta nunca una salida aunque sea mala.

¿Quién me ha dicho á mí, exclamará tal vez algun necio, que los Canónigos de la Catedral de Nápoles, no poseen un secreto para realizar el hecho que tanto nos admira y engañar al pueblo?

(1) Puede verse dicho estudio en la revista francesa *Les Mondes*, núm. 9, correspondiente al 8 de Marzo de 1881.

Pero señor mio, le podríamos contestar nosotros ¿no le parece á V. que si eso fuera así, nos encontraríamos con otro portento más admirable y por tanto más inexplicable; cual es el que el supuesto secreto se hubiera podido conservar entre tanta gente y durante tantos siglos, sin que se trasluciera al mundo entero?

¿No le parece á V. que esto equivaldría á querer explicar un milagro que no se cree, por otro mayor que no puede creerse?

Más... ¿para qué hablar de la luz al que está ciego!

000.

INTERESANTE.

Llamamos la atención de los dueños de fábricas y de las demás personas que tienen á su cargo gran número de trabajadores, hácia el objeto de esta publicación que tanto puede influir sobre las clases jornaleras ilustrándolas y moralizándolas.

No creemos puedan considerar perdido el pequeño sacrificio que hagan, para proporcionar gratis sanas lecturas á aquellas personas, que por depender de ellos, tienen, cristianamente hablando, no solo derecho á ser atendidos en sus necesidades corporales, sino además y muy principalmente, á ser educados hasta donde lo permitan los medios de su patrono.

No solo de pan vive el hombre y la vida del que trabaja, es harto preciosa para no ser conservada en todos sentidos.

No hay que dudar, que si las relaciones entre el capitalista y el trabajador estuviesen informadas por la caridad, único lazo capaz de unir permanentemente los corazones en el mundo, no habríamos llegado á presenciar esa lucha desesperada y horrible de dos clases sociales que debían vivir como hermanas y que viven como enemigas.

Años hace ya que la lucha ha empezado. Desde entonces la ciencia económica y con ella los gobiernos de Europa, se han ocupado seria y detenidamente de estudiar la manera de resolver el pavoroso problema y conjurar el conflicto.

Pero todo ha sido en vano.

Y sin embargo la resolución es sencillísima. Menos codicias arriba y menos sensualismos abajo y todo estaba concluido.

Con que el capitalista mirase á sus obreros como hijos, pronto aprenderían estos á ver en él un padre, sustituyendo el despreciativo epíteto de *Burgués* con que le llaman, por el de patrono ó protector con que debían llamarle.

En otros números, nos iremos ocupando de esta cuestión que tanto interesa á la sociedad entera y muy especialmente á las clases trabajadoras, á quienes deseamos hacer llegar nuestros escritos por medio de la cooperación de los industriales á quienes sirven.

CANTARES

Los que quieren vivir bien
y no quieren trabajar,
después de muchos trabajos
solo logran.... vivir mal.

Quien á su padre maltrata
y á su madre no respeta,
cuando llegue á tener hijos
ya sabe lo que le espera.

Para consuelo del hombre
hizo Dios á la mujer,
mal haya quien la pervierte
sin mirar su propio bien.

000.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista puede distribuir por sí, ó bien dejar su distribución al cuidado y arbitrio de esta administración.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Una acción,	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además cincuenta céntimos de peseta por acción, por el gasto del correo.

La correspondencia á la Direccion de este periódico, calle de Bellot, número 3.

Administración, Colegio, 13.

*
*
*

Encarecemos á nuestros suscritores de fuera de la localidad la conveniencia de que se pongan de acuerdo para distribuir los números correspondientes á sus acciones, á fin de evitar que unas familias reciban LA LECTURA POPULAR por duplicado mientras otros dejan de recibirla.

Siendo Elche la población que hasta ahora tiene más suscritores, anotamos á continuación los nombres de estos señores, á fin de que conociéndose, puedan más fácilmente acordar lo que les convenga para la mejor distribución de sus paquetes.

Excma. Sra. D.^a Olaya Soto de Mancha.—Sr. D. Francisco Lopez.—D. José Hernandez.—D. Luis Teu.—D. Antonio Davó.—D. Manuel Lopez.—D. Vicente Gil.—D. Pascual Juan.—D. Eleuterio Rico.

Total números que reciben todos estos señores 675; ó sean 1350 cada mes.